

el «yo» de las profundidades ha salido más a la superficie; el sol está más cerca del Meridiano.

Ni aun por eso, sin embargo, ha de tomarse el texto de la Declaración de la Florida como la sola fuente o base del dogma nacional, cuyo culto se llama patriotismo. Los mismos cristianos no toman la letra del Evangelio como la sola fuente de la fe religiosa. Esta ha de integrarse con la tradición, con la vida misma del espíritu que anima el cristianismo. El patriotismo no es un análisis, sino una fe. Y ésta se cultiva no tanto razonando, sino amando, amando sobre todo, reverenciando la intención de la obra, más aun que la del autor, aun suponiendo que el autor es el pueblo mismo. Sobre la intención del conjunto está la de las fuerzas que mueven el Universo con cadencia y número.

No hay que mirar con ojeriza el instinto

EN el número tercero de *La Antorcha* publicó el señor Licenciado Vasconcelos un fuerte e interesante artículo sobre la posición racial y espiritual de la América Española ante el latinismo, sintetizando en el título las conclusiones: *Reneguemos del Latinismo* (1). Además de la cuestión central, otras varias, de capital importancia también, se debaten en el editorial de referencia, pues exalta o deprime el señor Vasconcelos instituciones y doctrinas cuya colocación, a mi juicio, debe ser rectificada.

Reconozco que el concepto «raza latina» no corresponde a una realidad étnica que incluyera a la América Española. Reconozco que nuestra ascendencia genuina y directa es hispánica e india, que nuestro apellido racial es ibero-americano.

«Hermandad estrecha—proclama el señor Vasconcelos—de los ibero-americanos con España y con Italia y con Francia, pero no porque seamos latinos, sino porque representamos un concepto emotivo de la vida y queremos que la ley suprema llegue a ser la ley de belleza!» Pero Italia y Francia, con quienes tenemos determinadas afinidades, y España, nuestro ascendiente, son latinas—la última en menor medida—y probablemente de la común penetración romana vienen las semejanzas que determinan esas afinidades. ¿Cómo renegar del latinismo? Además, la universalidad, la generosa amplitud espiritual que indica el señor Vasconcelos como actitud digna de América, no permite renegar de una civilización en gran parte noble y respetable.

No se justifica, pues, una condena absoluta del genio latino y hay

(1) Véase tal artículo en el REPERTORIO AMERICANO, N.º 18 del tomo IX.

local o regional que movió estos pueblos de América. Se ha visto en él sólo un elemento de disgregación, sin advertir que lo fué, ante todo y sobre todo, de acción. Como la tierra, que girando sobre su propio eje se mueve al mismo tiempo en torno del sol, estos pueblos se conglomeraron, gracias a su propio movimiento inmanente o cósmico: la conciencia de sentirse un todo, una persona.

La fecha del Uruguay, el 25 de agosto, puede y debe ser celebrada como propia, no sólo por la República Oriental del Uruguay, sino por todas las de la América del Sur, como la verdadera nota final de su emancipación gloriosa. El esfuerzo de los orientales significa, no sólo la propia aparición entre los Estados soberanos, sino el último esfuerzo heroico de este mundo hispanoamericano. Por ese esfuerzo, la gran familia, cada día más unida en el pasado y en el porvenir, se extiende hoy, en la Amé-

rica del Sur, desde Panamá hasta el Río de la Plata, hasta sus dos márgenes. Esa República Oriental del Uruguay, cuyo padre ARTIGAS hablaba la misma lengua y sentía el mismo dinamismo heroico que San Martín, Belgrano, Bolívar, O'Higgins y Sucre; esa, en cuyos «Treinta y Tres» parecen agruparse y reconocerse y abrazarse todos los soldados conocidos y los desconocidos de la epopeya continental, es la hermana que, llegada la última a la familia, quisiera ser la primera en el amor de todos. Su centenario cierra los centenarios que van pasando, que vamos dejando atrás. Comenzaremos juntos las centurias nuevas, y juntos reforzaremos nuestra fe en los destinos benéficos de nuestra estirpe, abierta en todas las direcciones.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

(*La Nación*, Buenos Aires).

Sobre el Latinismo

Con gusto publicamos la siguiente interesante colaboración. Nos complace que el artículo Reneguemos del Latinismo haya sido comentado, refutado y que haya servido de pretexto a escritos tan bien meditados y juiciosos como el del Sr. González Luna (1). Nuestro propósito fué remover la cuestión y somos los primeros en sentirnos satisfechos por la reivindicación de las buenas cualidades del latinismo. Lo único peligroso es aceptar los ideales sin discutirlos. En lo que no estamos conformes con nuestro amable colaborador, es en los juicios penales que emite sobre el socialismo. Sin duda porque esta palabra comprende tan numeroso grupo de escuelas diversas, no sería fácil hacer su defensa en una simple nota.

J. VASCONCELOS

que aclarar el contenido de este concepto, desvaneciendo la apariencia de antinomias que en realidad no existen e iluminando, en cambio, la realidad de ocultas e irreductibles oposiciones.

Al estudiar brevemente estas cuestiones, intento aportar una modesta contribución al esclarecimiento del patrimonio espiritual de los pueblos ibero-americanos y al reconocimiento del Ideal Cristiano como realidad fundamental de su pasado y como estructura de sus programas de porvenir.

(1) En la última entrega de *Reproducción* (San José de Costa Rica), N.º 131, tomo VIII, puede leerse otra refutación al artículo del Sr. Vasconcelos. En eso estamos; en la discusión de las ideas, amplia, sin unilateralismos ni dogmatismos.—(N. del E. del R. A.)

* *
No es posible, ni está justificado históricamente, fijar una línea de hostil demarcación, o mejor dicho, plantear una antinomia, entre las civilizaciones griega y romana. Sin incurrir en la locura de identificarlas, es preciso reconocer su parentesco íntimo, su continuidad genealógica. La discrepancia es seguramente menos radical de lo que el señor Vasconcelos imagina, enardecido por un ideal de porvenir, más bien que friamente inclinado sobre un remoto pasado. En sus orígenes, la estructura religiosa, moral y jurídica de la sociedad romana, es fundamentalmente helénica. La obra histórica de Fustel de Coulanges en este sentido es, entre otras más generales, concluyente. La organización de la familia y del culto, el régimen de propiedad, las instituciones políticas, proclaman la consanguinidad de las dos civilizaciones. Posteriormente vino la diferenciación. Sería infantil pretender la standarización de las culturas, de las razas, de las patrias. Pero la ascendencia helénica, integrante, esencial del latinismo, jamás fué renegada o proscrita por la recia progenie de Rómulo. Menos espiritual, menos bella y, sin duda, con rigidez en Atenas desconocida, Roma fué, no obstante, el ejecutor testamentario de Grecia. La civilización helénica, exangüe y moribunda, no hubiera hecho campo dócil del Occidente y, en general del mundo, sin el vehículo universal de Roma. Las alas de la Victoria de Samotracia tenían albores y prestigios supremos, incomparables con el rudo plumón de las roncadas águilas de las legiones romanas; pero la Victoria no podía volar y Roma se esparció por el mundo. Sobre el horizonte azul se destacaba la Acrópolis más bella, en